

necesidad de enriquecer los logros a la hora del hallazgo en extremo, hace que éstos deriven muchas veces de tierras impensadas, en las que Aleixandre encuentra motivos que únicamente de esta forma resulta posible descubrir. *Hermoso es, hermoso humilde y confiante, vivificador y profundo, / sentirse bajo el sol, entre los demás, impedido / llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado*, según anotó el poeta en una de sus estrofas de más sentido social entre las que pueden elegirse dentro de su obra. Pero mucho más hermoso dialogar con quienes, pertenecientes a *los demás* como todos, conllevan por culpa quizá de su quimera, mucho más sentido del sacrificio y doble mayor compromiso en el plano de la responsabilidad. Dentro de ella, del sentido de la responsabilidad que a cada uno de los «encontrados» por Aleixandre categoriza, Vicente procura no perder un contacto que como alma en vuelo corre siempre el peligro de perderse: ese gran corazón de los hombres que palpita para él extendido... Ese corazón que, cuando el poeta pierde, le obliga a hacer lo que Aleixandre nunca proclamaría: que son inútiles todos los «encuentros»... ¡Que es inútil enriquecer la vida con «encuentros», de los que no puede deducirse riqueza, humanidad profunda, verdad original...!

LOS DEMAS

Nunca hemos leído un estudio, un texto sobre esos nombres que a la cabeza de muchos, infinitos poemas, merecen el honor de una impresa, exclusiva dedicatoria. Los poetas eligen entre seres queridos aquel o aquellos que se merecen la aventura descifradora de su poesía y nadie —al menos que nosotros sepamos— ha dedicado a quienes tuvimos la suerte de ser el primer destinatario de algún poema el estudio de lo que supone en la vida siempre misteriosa y compleja del correspondiente creador. El cantor, el celebrante, el poeta, necesita como de un testigo que certifique con su presencia nominal el hondo empeño de su tarea. Quien parece descubrir lo que fundamenta su vuelo en la soledad más completa, elige entre un número determinado de amigos, y entre los seleccionados uno, al que convierte en testigo esencial de su labor. No se sabe, o nosotros al menos no lo sabemos, el efecto que semejante selección produce en la persona escogida. Pero no cabe duda que ésta, poco preocupada a lo mejor de atención tan importante, es la elegida por el poeta como representante de *los demás*. La criatura a que un creador dedica este o aquel canto, da fe de manera intemporal, de lo que el poeta en un momento importante de su vida convirtió en canto imperecedero. El ser humano al que por siempre quedan *dedicados* un puñado de versos, que suponen en la

vida de otro hombre algo importantísimo, pertenece a la casta que Vicente Aleixandre supone merecedora de sus *Encuentros*, de sus retratos fraternos, de sus diálogos entre manera de vivir y maneras de pasar. El creador, lo mismo al dedicar una cualquiera de sus creaciones, que cuando en *Los encuentros* a que venimos refiriéndonos, trata de eternizar a testigos que han supuesto espectadores muy importantes de su desarrollo, según quedó apuntado, no se exceptúa de los demás ni trata de convencer a nadie de que entre los demás sean sus pretextos lírico-biográficos personajes. Sino, eso sí, que fueron, pese a todo lo que a ello se opuso y constantemente se opone, *personas* de las que muy de prisa suelen denominarse de «carne y hueso». Destinatarios incuestionables de su personal labor. En los retratos aleixandrinos están queridos con un agradecimiento peculiar y profundo *los demás* que hacen imposible dentro de su ética creadora sentirse sólo en la nostalgia y en la vida maravillosa de lo cotidiano. *Porque yo nací entero cada día, entero y tierno siempre, / y débil y gozoso cada día hollé naciendo / la yerba misma intacta: pisé leve, estrené brisas, / henchí también mi seno, y miré el mundo / y lo vi bueno.* Y era preciso que en un apartado poco importante en apariencia de su obra, *los demás*, un puñado de criaturas que por sus caminos personales hicieron dentro de sus límites lo mismo, sometidos a la tensión heroica, charlasen, conversasen, dialogasen con el poeta de lo mejor y más puro del mundo, olvidando, como corresponde, todo aquello que niega, sabe Dios por qué razones, su sempiterna maravilla creadora.

Si *los demás* de Vicente Aleixandre hubieran sido elegidos entre personajes con pedestal, de los que de tanto insistir en aparentar dejan muchas veces de ser y se dedican a bastardearse a lo brillante, sus *Encuentros* tendrían algo de «galería de retratos *ilustres*», poco del agrado de quien, cuando alguna vez dijo «el hombre no existe», debió ser por sentirse atacado por la falsedad ajena, por la petulancia huera. Porque el autor de *Pasión de la tierra* buscó encontrarse entre quienes para realizarse no dejaron nunca de pertenecer a *los demás*, no se sintieron nunca con derecho a exceptuarse de manera tan ridícula como «selecta», sus *Encuentros* tienen siempre algo, por encima de todo, de lecciones de modestia y de tratados de idoneidad. En toda su poesía lo inmediato y lo idóneo, conviene recordarlo, logran una nupcia expresiva de voltaje nunca frenético, pero siempre cálido. Escribiríamos al llegar aquí sobre «Después de la guerra» (*Diálogos del conocimiento*) todo lo que este poema, desde que le conocimos, siempre nos ha inspirado... Pero no nos queda otro remedio, aunque no lo hagamos, al recordarle de pasada que aludir a él, porque en su trama

lirica nos parece más evidente que en ningún otro quizá del mapa aleixandrino, la actitud respecto al mundo, a la vida, a *los demás*, puesta de manifiesto por el creador estudiado, cuando en contacto con sus semejantes no quiere de ellos —a cambio de bondad y entrega— otra cosa que profunda comprensión. Dado que les exige, si ello es posible en alma creadora de las características del autor de *Espadas como labios*, que a la hora de la elevación humana inexcusable no desdeñen nunca la humildad... ¡Qué profundo y qué humilde el autor de «Después de la guerra», en un momento de su vida lleno probablemente de graves inquietudes y preocupaciones...! ¡Qué humildes y qué necesitados de ser cada vez más legítimos salimos de la lectura de sus *Encuentros*, entendiéndolos como *radiografías de un clamor profundo* tantas veces desatendido, en vez de elogios ditirámicos de esa importancia externa a la que el hombre tiende de manera fatal, cuando es incapaz de vivir enquistado respecto a su importancia esencial!

GALERIA DE LATIDOS

Al resumir todo lo abocetado en este ensayo sobre *Los encuentros aleixandrinos*, destaquemos cual rúbrica necesaria lo que en el quehacer del poeta los mismos suponen, como premio humano, como contraste vivo, como refrendamiento de una dedicación que acepta los mismos, cual se aceptan muchas veces esas palabras gracias a las cuales nos sentimos más firmes e idénticos a nosotros mismos. Las radiografías de los demás, elegidas por Aleixandre, no son un *conjunto minoritario* donde no caben, como siempre que se trata de elegidos más que de seleccionados, sino todos aquellos que, leales a un vuelo y a una conducta, pudieron ser motivo de otros encuentros, de otros retratos, de otros abrazos entrañables. El poeta creó una manera de ser libre, y pregunta en sus encuentros —si se quiere de forma indirecta—, a quienes se acerca con sencillez y profundidad naturalísimas, si la libertad por él conseguida les parece esencial verdad histórica. Y para ello, en lugar de acreditar lo que en sus amigos pudiera haber de material más apto para el brillo, pone en evidencia lo que los mismos alcanzaron en el clamoreo entrañable de sus vocaciones, de la misma manera que él liberó con legítimo acento lírico su manera de ser. Unas y otras personas de las que el poeta eligió para *contrastar resultados*, no importan tanto por lo que *alcanzaron*, sino por cómo y de qué manera *latieron*. Lo que en tantas ocasiones suele denominarse «galería de personajes *ilustres*», puede llamarse —y en nuestro criterio tal nombre merece— «galería de personas de acreditado latir». Porque en el cañamazo de lo vivo, aquello que seriamente importa no

es lo que se organiza, sino lo que natural, espontánea y seriamente se teje. No es lo que preconcebidamente se eleva con voluntad tesonera, como hacen quienes para justificarse dan a su obra cierto aire funerario de tumba, sino aquello que se consigue claro está a base de legítimos latidos, de esos latidos peculiarísimos en los que Aleixandre encuentra a sus retratados, vengan de donde vengan y hagan lo que hagan. El encuentro, en fin, es como un medir en un puñado de latidos predilectos aquellos que dentro de la obra se convirtieron —podría decirse— en constantes. *Los demás* elegidos por el creador, en latidos tan humanos como los de todos sus semejantes, acreditaron una categoría que, como la del retratista deseoso del refrendo señalado, no dejó en ningún momento —cosa más importante de lo que parece— de pertenecer, por muchas y quizá interminables razones, a *los demás*. En tiempos comunitarios como el nuestro, en los que sólo saben asomarse al futuro quienes viven y crean vinculados con los demás, dentro de una solidaridad importante, en absoluto impuesta, *categoriza* esta vinculación que tantos pretenden y tan pocos consiguen. En momentos que al admitirse como superada aquella faceta que recibió el nombre de «deshumanización del arte», todo el mundo busca cantos, mundos formales, espacios sinfónicos donde sean posibles templarse gentes que o son porvenir o no son nada, ¡magnífico el gesto de Aleixandre buscando en personas capaces de responder de la legitimidad de su canto o su conducta, de su actitud ante el hombre y la vida lo que las mismas consiguieron de categoría no excluyente, de dignidad incapaz de olvidarse ni por un sólo momento del ser normal y sufriente! Vicente Aleixandre ha conseguido una poesía que devuelve a un pueblo español dignificado por el esfuerzo obligado de comprenderla, aquella savia, aquella riqueza que los auténticos poetas consideran la clave como si dijéramos de su riqueza. Y los pretextos utilizados por él para la consecución de sus *Encuentros* tenían que ser personalidades que elevándose como es natural y en función de la cultura, de aquellos que muchas veces se despreocupan de la elevación imprescindible, latieron con lo sano de sus semejantes, para que lo que iba a servir de testimonio de la obra aleixandrina la proclamase por encima de todo sana, vinculada, con raíz en lo español antifolklórico, como lo quiso siempre quien, por culpa de su vuelo, hizo doblemente verdadera su personalísima canción. Ni Aleixandre, ni quienes tuvieron el honor de ser efigiados en sus *Encuentros* se permitieron nunca, por ejemplo, creer superficialmente en *la felicidad*, como aquellos españoles, un poco de espaldas a su obra, empeñados por culpa de su superficialidad, en no comprenderla. ¡Porque creyeron en *la dicha!* Y por ello, cuando la latieron desde planos

muy distintos de la vida elevada o normal española, bien en la poesía que hizo de la dicha sobre todo una meta, o bien habiéndose sentido distinguidos por ella en función de algo que no tiene que ver por fortuna con la clase, se dieron cita en una serie de «encuentros» donde, probablemente, lo que su autor dejó más acentuado fue la dignidad de ser hombre capaz de no traicionarse, ni por la mediocridad ni por las cada día más abundantes y despreciables mixtificaciones.

ENRIQUE AZCOAGA

Conde de Peñalver, 62, 1.º izqda,
MADRID-6